

PRÓLOGO

«Qui êtes-vous? —Je suis un étranger pour la police,
pour Dieu, pour moi-même»

CIORAN, *Le mauvais démiurge. Œuvres*, p. 1245

Compuesta poco después de terminar la guerra, aproximadamente entre la segunda mitad de 1945 y los primeros meses del año siguiente, *Extravíos* es acaso la obra más sombría y descreída que el autor haya escrito nunca; uno de los últimos textos que redacta en rumano y con toda probabilidad el último que concibe en su propia lengua a manera de libro. En 1945 la situación de Cioran se torna crítica. Sus instancias para prolongar la beca que de una u otra forma había logrado mantener desde su llegada a París en 1937 resultan ya inútiles. El 15 de febrero de 1946 comunicaba a sus padres el cobro atrasado de los últimos meses que percibiría (mayo-noviembre 1944).¹ El balance de sus circunstancias se resume en estas líneas que transmite a Jeni Acterian el 2 de diciembre de 1946:

«Pronto se cumplirán diez años desde que estoy en París, es decir, el único sitio del globo donde se puede vivir. Este lapso comporta las consecuencias más graves y las más agradables. Quiero decir

1. Cioran, *Scrisori către cei de-acasă*. Humanitas, București, 1995, p. 15.

que me siento feliz de estar aquí e infeliz de no poder imaginarme en otro sitio. —Sobre lo que *hago* no tengo ni idea. Creo que no hago nada. Vivo en una mansarda,² como en la cantina estudiantil, no tengo profesión —y naturalmente no gano nada. No puedo considerar despiadada la suerte que me ha permitido vivir hasta los 35 años libre y al margen de la sociedad. Mi razonamiento ha sido siempre simple: cuando esto ya no *marche* me fusilo. La cuenta no ha salido mal, pues me ha permitido —contrariamente al rebaño circundante— perseverar... en la existencia, sin el terror del futuro».³

Por otro lado, la posibilidad de regresar a su país con la idea de reemprender la labor docente que había ejercido durante breve tiempo antes de su partida, no cabe de ninguna manera en sus planes.⁴ Desde la irrupción del comunismo en marzo de 1945, Rumanía ha devenido por lo demás una patria más que nunca imposible para Cioran.

Es conocido el episodio de Offranville, pueblo situado a unos ocho kilómetros de Dieppe, donde Cioran se encuentra —según sus palabras— en el verano de 1947⁵

2. Por ese entonces, temiendo la llegada del frío y del invierno, Cioran se ha trasladado al hotel Majory (20, rue Monsieur le Prince), a escasos metros del domicilio anterior (hotel Racine), donde ocupa una pequeña buhardilla soleada que, en palabras de Simone Boué, «más hacía pensar en el camarote de un barco que en una habitación de hotel». Cioran, *Mon pays*. Humanitas, București, 1996, p. 126.

3. *Scrisori către cei de-acasă*, p. 238.

4. Según declara a sus padres el 15 de febrero de 1946: «La perspectiva de una cátedra a mi regreso no me entusiasma en absoluto: he olvidado que mi oficio es el de profesor y además no podría poner el alma en una carrera insulsa y estúpida. Sería para mí una dramática decisión tener que retomar una vida que nunca ha entrado en mis cálculos ni en mis ilusiones». *Scrisori către cei de-acasă*, p. 16.

5. El hecho debió de ocurrir, sin embargo, un año antes, en el verano de 1946, pues a finales de ese año Cioran parece haber dado ya forma a la primera versión del futuro *Précis de décomposition*: «Para proporcionarme un pretexto de actividad he escrito en este último tiempo un “libro” en francés, *Exercices négatifs*. No sé si se publicará

intentando traducir a Mallarmé al rumano a modo de mero ejercicio. De pronto adviene en él una especie de revolución: *Offenbarung* es el término que empleará en su entrevista con Gerd Bergfleth el 5 de junio de 1984. En ese instante fulminante Cioran parece comprender la absurdidad de seguir empeñado en su propia lengua, así como la apremiante necesidad de adoptar el francés como única vía de escritura: «Abandonarás tu lengua materna y de ahora en adelante no escribirás sino en francés». ⁶ No se trata sin embargo de una resolución imprevista, sino de un largo proceso de combustión interior que en ese preciso instante parece alcanzar su ocasión decisiva. ⁷ Los años de la guerra supondrán para Cioran, en éste y otros sentidos, una transformación implacable, especialmente en lo que concierne a sus así llamados fervores ideológicos, según lo expresa en esta carta a su hermano en 1947:

«En varios sentidos yo ya no soy el mismo. De algún modo he cambiado mi punto de vista en todo lo que respecta a las realidades “históricas”. A veces me parece cómico que haya podido escribir *La transfiguración de Rumanía*; —ya no me interesa. Salvo la poesía, la metafísica y la mística nada tiene valor alguno. Toda participación en las agitaciones temporales es tiempo perdido y malgasto inútil. [...] Un hombre que pretenda conservar una cierta

alguna vez. Es una especie de *despedida* de cara a las ilusiones heredadas o alimentadas inconscientemente, una especie de teoría del exilio metafísico sin pretensiones filosóficas, las cuales se me antojan más que nunca ridículas». A Jeni Acterian, el 2 de diciembre de 1946. *Scrisori către cei de-acasă*, p. 238.

6. E. M. Cioran, *Ein Gespräch, geführt von Gerd Bergfleth*. Konkursbuchverlag, Tübingen, 1985, p. 15.

7. Sólo indicar que unos tres años antes el autor avanzaba ya sus primeras tentativas en la nueva lengua, cristalizadas en dos artículos: *Mihail Eminesco y Le «dor» ou la nostalgie*, publicados en el semanario *Comœdia* el 16 de enero y el 4 de septiembre de 1943 respectivamente. El último de ellos firmado como Emmanuel Cioran.

dignidad espiritual debe olvidar su condición de contemporáneo. [...] Todo hombre es víctima de su temperamento. Yo creo haber liquidado muchos errores y esperanzas engañosas. Intenta, por cualquier medio, mantenerte al margen de las pasiones efímeras y de las supersticiones que envenenan inútilmente el alma y los bríos del espíritu».⁸

El cambio de lengua para Cioran implica, por tanto, no sólo una ascesis de orden lingüístico y estilístico, una camisa de fuerza que por sí sola determinará un drástico giro en su ideal de escritura, destinado a erradicar la efusión lírica que había caracterizado el periodo anterior,⁹ sino también y sobre todo un intento de liquidar para siempre el pasado y sus intemperancias, su férvido temperamento y su antigua identidad.¹⁰ A este respecto, resulta algo más que significativo el título original de esta obra: *Razne*,¹¹ término absolutamente inusitado, preñado de prolíficas

8. *Scrisori către cei de-acasă*, pp. 43-44.

9. Según esta nota del verano de 1957: «Mi ideal de escritura: hacer callar para siempre al poeta que se esconde en uno; liquidar sus últimos vestigios de lirismo; —ir a contracorriente de lo que se es, traicionar sus inspiraciones; pisotear sus impulsos y hasta sus muecas». Cioran, *Cahiers (1957-1972)*. Gallimard, Paris, 1997, p. 14.

10. Véase el fragmento titulado *Le renégat*, incluido en su primer libro en francés: «Recuerda haber nacido en alguna parte, haber creído en los errores natales, propuesto principios y propugnado necedades inflamadas. Se avergüenza..., y se empeña en abjurar su pasado, sus patrias reales o soñadas, las verdades surgidas de su médula. [...] Aquel que no puede ya tomar partido, porque todos los hombres están necesariamente en lo cierto y en el error, porque todo es justificable y al mismo tiempo irrazonable, ése debe renunciar a su nombre, pisotear su identidad y recomenzar una nueva vida en la impasibilidad o la desesperanza». Cioran, *Précis de décomposition. Œuvres*. Gallimard, Paris, 1995, pp. 635-636.

11. En mayo de 1949, en el segundo número de la revista *Luceafărul* (pp. 145-149), aparecerían con este mismo título un puñado de fragmentos bajo las iniciales Z. P. Los últimos al parecer que Cioran redacta en rumano.

ramificaciones, capaz de albergar por sí solo un universo, «un *Lebensgefühl*, una metafísica y todo cuanto en materia de poesía pueda desearse»,¹² diría acaso Cioran. En su raigambre eslava resuena una diferencia, una disonancia, una desemejanza, un extrañamiento, el despartimiento egregio de quien se ha apartado del rebaño, de Dios y de su misma esencia: «meteco por excelencia», peregrino incurable, errante en la «realidad irreal del tiempo», confinado en el ser y extraviado en la existencia; *Razne* expresa una disgregación, un desarraigo, un desvío, una divagación, un excursio, un desvarío, cuando no la libre dispersión que atañe a la factura fragmentaria y miscelánea de esta obra.

Situada entre los dos breviarios,¹³ *Extravíos* señala en cualquier caso un fin de ruta en la trayectoria de Cioran como autor de lengua rumana, la prefiguración de un irreversible adiós ante la inminencia del salto que lo catapultará inmortalmente como uno de los prosistas más finos de las letras francesas en la segunda mitad del siglo.

CHRISTIAN SANTACROCE

12. A Constantin Noica, el 21 de enero de 1970. *Scrisori către cei de-acasă*, p. 298.

13. *Îndreptar pătimas* (*Breviario de los vencidos*), escrito entre 1940 y 1944, y *Précis de décomposition* (*Breviario de podredumbre*), publicado en 1949.

Las notas a pie de página corresponden a las variantes y correcciones que recoge Constantin Zaharia en la edición rumana (Humanitas, Bucarest, 2012), según la transcripción del manuscrito original que se conserva en la Biblioteca Literaria Jacques Doucet de París, bajo la signatura CRN Ms 9.

EXTRAVÍOS

No damos voz sino a los dolores que no tienen nombre; los otros —que conforman la textura y sucesión de los instantes— los arrojamos al cubo de la evidencia.

Cuando observo la quietud ultraterrena¹ de los paisajes, la indolencia sublime de los árboles, la expansión² del sol sobre las verdes lapidificaciones que enajenan al espíritu de asombro; cuando de los yacimientos de la sensibilidad rezuma a la superficie del corazón esa nostalgia sin contenido que abraza el espacio en un fúnebre y frágil fulgor, la belleza se me antoja el peor veneno que jamás el alma haya probado.

En nosotros no existe el instinto de morir. Sólo así se explica que entre la vida y la muerte, en el fondo igual de insufribles, la primera sea privilegiada y la segunda desheredada. La vida es algo insoportable que heredamos, que *conocemos* a través de la sangre; la muerte en cambio la aprendemos, sin conocerla nunca —o lo que es más: sin el interés de conocerla.

No he aceptado mi fin sino *admirándome* yo mismo de esta aceptación, que al parecer proviene de una voz extraña a la sangre y a la vigilia.³

1. Variante: *extraterrena*.

2. Var.: *la invasión*.

3. Var.: *a la lucidez*.

En las ciudades he hallado la muerte en los ojos de los hombres; en la naturaleza, en el retiemble de las hojas. Y aún con más frecuencia la he encontrado en los silencios del corazón.

Tener la absoluta sensación de tu propia esterilidad en mitad de un vergel...

La esterilidad es una histeria de lo esencial. Todo parece exento de valor; todo es equivalente; lo que es más importante, imposible de encontrar. Los motivos del mundo yacen lívidos y rancios a los pies del espíritu.

La última nostalgia: caer con el sol hasta el fondo.

El último cansancio: creer que has soñado todos los mundos posibles.

Ser *extranjero* en cualquier país, en cualquier orbe: elevar tu estado jurídico a calidad metafísica.

La irrupción de la desgracia fortalece la resistencia del espíritu; acera el orgullo y aguija los instintos. En sus redes no concebimos nuestra inexistencia, pues en el peligro está demasiado próxima para permitirnos el lujo de halagarla. La infelicidad es lucha. —Por el contrario, hay brisas extáticas que parecen desarmarnos para siempre; nuestras fuerzas claudican bajo el calofrío y la tentación de un canto embriagante y mudo. Nada como la felicidad para inspirarnos la nostalgia del suicidio, como si existir fuera un don demasiado inmenso para nuestras fuerzas y la revelación suprema del corazón, dulcemente inmersa en la flor del ser, inseparable de la no existencia. ¿Será acaso el suicidio la

consecuencia inevitable de nuestro destierro en el éxtasis?⁴ Lo que parece indudable es que la felicidad no es un estado *positivo*.

Cada generación tiende a encontrar *otra cosa*. Igual que cada individuo. Haciendo, sin embargo, balance de todas las aspiraciones que se han sucedido en la historia, resulta imposible manifestar una preferencia o un rechazo. Ningún ideal pesa más que otro. La ingenuidad, la estupidez o la generosidad los han vivificado a todos, por turno. Nadie ha estado en el error, como nadie ha estado en la verdad.

Cada época experimenta su forma de vida como un absoluto.⁵ Y cada época es irremediamente fragmentaria. En los tiempos de sosiego morimos de tedio; en los turbulentos, de terror. Los hombres se definen ante sus contemporáneos, no ante la eternidad. Y todo lo que hacen no podría hacerse de otra forma. La existencia de cada cual es *en sí*, es la coincidencia total con su acción y pensamiento. Lo que ha sido y lo que será son ficciones. —Así, todos tienen razón: Napoleón y Vlad el Ahogado.

Pero todos, aunque viviendo en un presente absoluto, son devorados por una nostalgia absurda que los lleva a concebir interminablemente otra cosa, y que en el fondo no es sino la realidad última del instante presente y la ilusión del que viene.

Quien ha perdido la alegría ingenua de la banalidad ya no tiene nada que gustar en la vida.

El aburrimiento profundo, frío y falto de lirismo reduce el mundo a su modalidad inicial, lo despoja de todas las estri-

4. Var.: *sino la forma suprema del miedo ante la felicidad*.

5. El párrafo comienza por la siguiente proposición: *El destino de la humanidad es consumirse en un deseo absurdo*, suprimida por el autor.

dencias del tiempo, simplificándolo hasta la ausencia pura. Retira el crédito que el alma había otorgado a las apariencias; una esencia sin significado se manifiesta al ojo redimido de los embrujos de la naturaleza; el universo es despojado de todos los contenidos que no entraban en una fórmula vacía. El aburrimiento es una abstracción asesina, elaborada por las desgracias⁶ íntimas y por el envenenamiento filosófico de las categorías: es la última palabra de la razón inmiscuida en los asuntos de la afectividad.

He leído todos los libros de la tristeza humana. Y no me han convencido. Me ha convencido la sangre, sin embargo, susurrando a las ideas el cansancio de su propio color...

La única esperanza del hombre es encontrar la esperanza.

El sueño nos devuelve a la materia. Éste es el sentido general del descanso. —La vida es el turbión y la locura de la materia. La muerte cotidiana de las noches es el único remedio por el que la naturaleza se recobra de la vida.

Cuando pasas días enteros sin cruzar palabra con criatura alguna, cuando has olvidado a tus semejantes y hasta la misma condición humana, el yo se revela una fuerza tan grande como el mundo. La conversación nos da la medida de nuestra pequeñez; la soledad nos la intensifica, pero de tal forma que nuestra pequeñez no es menor que la del universo.

Esas mañanas en las que el alma, abrumada por los gemidos nocturnos, tiembla cual un volcán, presta a verter sobre el universo la lava de su demencia y de su infelicidad...

6. Var.: *insuficiencias*.